

MARÍA JOSÉ BATALLER

¿SEGUNDAS OPORTUNIDADES?

¿Segundas oportunidades?

María José Bataller

Editado por:

PUNTO ROJO LIBROS, S.L.

Cuesta del Rosario, 8

Sevilla 41004

España

902.918.997

info@puntorolibros.com

Impreso en España

ISBN: 978-84-17237-32-5

Maquetación, diseño y producción: Punto Rojo Libros

© 2017 María José Bataller

© 2017 Punto Rojo Libros, de esta edición

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

ÍNDICE

PELOTEO.....	11
SAQUE.....	23
GOLPE PARALELO	29
ACE	35
VOLEA	41
LOVE-FORTY	49
DERECHA INVERTIDA	55
REVÉS LIFTADO	59
WINNER.....	67
JUEGO.....	75
VENTAJA AL RESTO.....	81
GLOBO	87

SEGUNDO SAQUE	95
CAMBIO DE CAMPO	101
MATCH POINT	111
FIN DEL PARTIDO	123
TIE BREAK.....	129
OUT.....	135
APPROACH.....	143
OJO DE HALCÓN.....	153
DEJADA	161
REVÉS CRUZADO A DOS MANOS	169
DEUCE	175
BREAK POINT	181
SMASH.....	193
NET.....	199
Agradecimientos:.....	207

¿SEGUNDAS
OPORTUNIDADES?

*A mi padre, al que nunca le agradecí lo
suficiente que aquel sábado de marzo de 1980
me propusiera jugar al tenis.*

PELOTEO

Todo el mundo sabía cómo nos conocimos César y yo. A lo mejor soy un poco exagerada cuando utilizo el adverbio “todo” delante de mundo pero... Mejor será que te aclare esta conjunción adversativa, para ello me situaré en ese momento en que la mitad de la audiencia televisiva estuvo presente en el minuto cero de nuestra relación. ¿Me estás insinuando que no te interesa saberlo porque no te va el cotilleo? ¡Quien no ha gozado nunca de los encantos del chismorreio que se levante y tire la primera piedra! No he oído caer ni un humilde guijarro.

¿Ya te he intrigado suficiente?, si sigues leyendo es que no ando muy equivocada. Soy de las que piensa que se debe intrigar al lector, pero como no quiero falsear la historia, sin más preámbulo y en agradecimiento a esta demostración de fidelidad, empiezo a exponerte los hechos: Todo empezó con un reto de esos que a Cecilia y a mí nos gustaba ponernos. Por cierto, este “mí” responde al nombre de Claudia; perdona que me presente de esta forma, pero quiero evitar que pierdas el tiempo elucubrando mi nombre. Ambas éramos devoradoras de concursos televisivos, nos conocíamos la parrilla televisiva al dedillo y muchas de nuestras tareas domésticas las intentábamos compaginar viendo estos programas. Algunas labores resultaban más fáciles de conseguirlas que otras como: la plancha, doblar las sábanas con suma precisión usando ambos brazos y el

mentón, sacar el polvo de la habitación donde se encontraba el televisor... Mi amiga, incluso, podía preparar la comida porque tenía una caja tonta en la cocina, pero otras tareas como tender la ropa eran inviables. Como ya has deducido, éramos amas de casa, la vida nos había apartado de una carrera profesional brillante, aquella que teníamos planeada cuando obtuvimos nuestra licenciatura. Algunos piensan que no nos matriculamos en Económicas sino en Captación de Futuribles. ¿Qué nos pasó para que se frustrasen todos nuestros objetivos profesionales? Os contaré mis razones; supongo que Cecilia algún día se decidirá a compartir las suyas. En pocas palabras: me cansé de masajear egos y de esperar a que las promesas se cumplieran. Agarrándome a la excusa, políticamente correcta, de dedicarme a criar y educar a mis hijos, dejé mi trabajo y luego, cuando fueron mayores, no regresé, temerosa de probar mi talento. En una ocasión leí: "La ambición tiene una odiosa forma de matar el talento"; durante muchos años he justificado mi decisión con este aforismo. Hoy no quiero analizar la verdad que entraña esta frase, prefiero añadir otra: "En nuestra sociedad todavía la ambición es sospechosa en una mujer". Resumiendo, siempre he tenido una relación extraña con ese deseo impetuoso de conseguir poder, prestigio, dinero, riquezas... Por un lado he aspirado a algo más, pero parece que le tengo alergia a lo que se necesita para conseguir ese "algo". Cuando quiero tranquilizar mi conciencia me digo: "Todos (sin determinar sus nombres) decidieron cortarme las alas, todos conspiraron para hundirme en las infinitas obligaciones cotidianas"; luego descubrí que son tareas más que dignas. Como no quiero aburrirte, no voy a dar detalles de cómo convertí mi hogar en una micro empresa, donde la tarea más creativa era preparar la comida. Igual te preguntas cómo conseguir que estas actividades tediosas sean llevaderas. Primero decirte que las actividades aburridas se convierten en mucho menos soporíferas si te concentras lo suficiente en ellas. Y añadiría: si las compaginas viendo un concurso son, incluso, divertidas. Creo que esta magia se produce al conjugar el verbo jugar. Jue-

gan los niños y jugamos asimismo los adultos para superar una existencia sin brillo y conferirle la emoción de la que carece. Además, los menesteres domésticos se consideran desagradables porque se tiene en cuenta el origen: la suciedad o el desorden. Pero, ¿qué ocurre si nos fijamos en el fin u objetivo, es decir, la limpieza, el orden y la salud? La cosa cambia bastante. Todos sabemos que el polvo envejece los objetos como si fueran incansables sedimentos del tiempo y un humilde trapo de polvo los rejuvenece. Incluso hay personas que cuando están angustiadas o nerviosas buscan la calma ordenando o limpiando; por cierto, no es mi caso pero, esta afirmación, sí se ajusta a Cecilia.

Pero retomemos los hechos, situémonos antes del día C (C de concurso) y dejemos al lado el análisis de mi particular comportamiento. Tanto a Cecilia como a mí se nos había truncado eso de “para toda la vida”; sí, sí, lo que nos dijo el cura cuando nos impartió el Sacramento. Nuestros maridos se habían ido de casa, fueron dos hechos casi simultáneos y... sospecho que esta coincidencia nos unió más a las dos. Además, es de todos sabido que en los momentos de infortunio las personas buscamos consuelo en la unión de nuestra tristeza con la tristeza de otros. En muchas ocasiones, antes de los hechos, me pregunté por qué éramos amigas desde los once años, y es que resulta difícil definir qué mueve a las personas a entablar amistad, sobre todo en la primera juventud, cuando los intereses creados todavía no alientan las relaciones, o puede que sí, ella siempre me ayudaba con las matemáticas.

Cuando hablamos de nuestras rupturas siempre admitimos que nuestros respectivos ex fueron unos artistas del abandono. Por qué lo afirmo con tanta rotundidad, porque seducir a una mujer, eso puede hacerlo hasta el más tonto, pero saber dejarla de forma rápida es algo que solo puede hacer un hombre maduro con arte y maestría. Años después llegué a la conclusión que mi ex nunca me amó, me conquistó y luego me abandonó como un objeto que ha perdido valor, ni siquiera se tomó la molestia de tirarme al contenedor de reciclaje pertinente.

Las dos rupturas fueron veloces y definitivas y no dejaron lugar a una esperanza de reconciliación. En mi caso lo acepté apenas sin lágrimas. Hasta ese día pensaba que, como la mayoría de los matrimonios, el nuestro era el producto evolucionado de la concordancia y el compromiso. No sé si me equivoqué en la conclusión, lo que está claro que para él no era suficiente. Acepté mi nueva condición no por un asunto de cansancio, como les pasa a muchas, sino porque las condiciones del divorcio en un primer momento me favorecieron: casa, manutención, custodia de los hijos, etc. Además, soy de aquel tipo de personas que siempre ve el lado gracioso de las frustraciones y humillaciones, por supuesto una vez digeridas. Tengo sentido de la parodia y capacidad de encaje. Y es que la desdicha es optativa, y yo no quiero que la tristeza vaya unida a mi nombre por algo puramente práctico: la pena baja las defensas y entonces no me podía permitir el lujo de caer enferma.

Ambas seguíamos atadas a un piso de cuatro habitaciones, por suerte sin cargas hipotecarias, porque todavía teníamos más de un *Peter Pan* en casa que ni siquiera habían conocido a sus respectivas *Wendys*. Los niños crecen, un día para otro se desgajan y, en una adolescencia cada vez más temprana, se tornan ariscos durante demasiados años. Y es que la adolescencia es un país extranjero, ni siquiera pertenece a la Eurozona; sí, sí, ni el dinero es un nexo de unión, aunque piensan que eres el Banco Central y se aprovechan de esa emoción tan típica de las madres separadas como es la culpabilidad; aun así no siempre consigues motivarlos con el vil metal. Aunque hay mucha literatura al respecto, a la hora de la verdad solo la paciencia, escucha activa y mucho sentido del humor ayudan a salir airosa de las situaciones a las que te abocan. A veces con Cecilia hemos llegado a pensar que las madres del siglo XXI hemos perdido el significado de dadora de vida, y nos acercamos a la décima acepción que recoge el diccionario de la Real Academia, por si no te apetece buscarlo: *Alcantarilla* o *cloaca maestra*.

En honor a la verdad, durante los primeros años me sentía bien en mi papel de madre separada, hasta que de pronto me di cuenta de que con el dinero de la manutención, ligado a las ganancias de mi ex, profesional liberal afectado como todos por la crisis, no era suficiente. Mis hijos y yo nos fumábamos el dinero y solo tirando de tarjetas llegábamos a fin de mes, ¡debía cuanto antes buscar nuevas fuentes de ingreso! Y es que ninguno de nosotros era capaz de renunciar a los privilegios que durante tanto tiempo nos habían hecho comfortable la vida. Sentíamos una exagerada fascinación por la *american way of life*.

Como tantas otras cosas compartí mi situación financiera con Cecilia. Y como sucede cuando se pide la opinión o el consejo de otro, lo que realmente se está solicitando es aprobación para algo que ya se ha hecho o se está a punto de hacer, pero conseguí que fuese ella quien planteara mi propuesta.

—Claudia, ¿por qué no te presentas a un concurso de la tele?

—¿Cuál? —respondí.

Mi respuesta con signos de interrogación indicaba que yo también había contemplado esa posibilidad y que solo me impedía seguir adelante la elección del más idóneo. Fuimos descartando los concursos tras un análisis riguroso que se basaba en relacionar esfuerzo y probabilidad de ganar con la cuantía del premio. Justo cuando estábamos valorando los últimos dos concursos de la parrilla televisiva, en una cadena privada apareció un anuncio donde buscaban concursantes de más de cincuenta años, lo titulaban *Especial maduros*. Siempre me han maravillado esas armonías, esas extraordinarias coincidencias del destino que de vez en cuando la vida nos otorga cuando se pone espléndida. Acabábamos de desecharlo porque éramos conscientes de que los concursantes no superaban los cuarenta y cinco años y una servidora ya tenía más de medio siglo a cuestas.

Me puse en contacto con la productora y al poco tiempo me llamaron para darme la noticia de que había sido seleccionada para el *casting*. Hasta ese día fuera del éxito y del fracaso, solo veía una tercera posibilidad: la resignación, pero esa llamada añadió una cuarta, la de probar suerte. En un principio me entró un ataque de pánico mezclado con atisbos de vergüenza, pero al recordar el comentario de un exconcurante, que decía que se primaba más la simpatía que el nivel cultural, mis temores se esfumaron. Necesitaban personas que se desenvolvieran bien ante las cámaras, para eso había que mostrarse dicharachera y dejar el sonrojo en casa. Y fui seleccionada, no sé si por mis conocimientos o por mi simpatía. Siempre me había parecido que todos aquellos que salen en la tele buscan esos minutos de gloria que vaticinó Andy Warhol: "En el futuro todo el mundo será famoso durante quince minutos. Todo el mundo debería tener derecho a 15 minutos de gloria". Y si soy sincera, aunque vendí a mi familia, amigos y conocidos que buscaba los euros en vez de esa peculiar gloria, no tenía claro si no me atraía esa atención que conllevan los focos de un plató televisivo. Lo que nunca pensé es que encontraría el amor y algo más. Siento ponerme cursi pero el amor no se elige, nos contagia, nos atrapa como una enfermedad, a veces como una desgracia y otras, como fue mi caso, como una tabla de salvación. Al participar en ese concurso, puse mi destino en movimiento.

Volvamos al día C; no sé si todavía lo emiten, hace tiempo que dejé de ver la televisión, ya no me encargo de las tareas domésticas. Sé que tras mi participación cambiaron las reglas del juego, por lo que no sé si vale la pena que las explique, pero como no puedo conocer tu opinión te las detallo: Había dos tipos de concursantes, el central, que podía llegar a conseguir hasta 100.000 € y otros diez concursantes, llamados oponentes, que tenían como misión que ese central perdiera para ellos poder ganar. El concursante principal o central elegía uno de sus diez oponentes, concursaban entre ellos respondiendo preguntas rápidamente con un límite de tiempo de 30 segundos. Si el concursante

central no sabía la respuesta podía usar los comodines (disponía de tres al empezar el juego). Si el oponente no contestaba la pregunta se caía por la trampilla y, a continuación, se le daba la vuelta al número en el que estaba situado donde aparecía el premio que obtenía el central y que oscilaba entre un humilde euro y unos apetitosos 5.000. En caso de que el concursante del centro no acertase la pregunta y no tuviese más comodines, era él quien se caía por la trampilla. El jugador se podía plantar con la mitad del dinero que llevaba acumulado después de abatir los primeros siete o ¿eran ocho oponentes?, y a partir de entonces con la totalidad del dinero. Si conseguía ganar a los diez oponentes podía conseguir el gran premio que ascendía, cuando concursé, a 100.000 €. En caso de que el concursante fallase en el duelo con el décimo oponente, este último conseguiría el dinero que había acumulado el perdedor.

César, el concursante central, fue derrotando a todos mis compañeros sin llegar a perder sus tres comodines. Recuerdo a cada uno de los otros concursantes, principalmente a una mujer, mejor dicho a su escote. La cámara hizo un *zoom* en el escote de la oponente nº 6 y, allí, la respuesta más rápida y lúcida no tenía ninguna oportunidad de sobresalir. A mí me dejó para el final, cuando ya no le quedaban comodines, no sé si tuvo algo que ver la sonrisa que puse; mis compañeros dibujaban en sus caras sonrisas de sacarina, y puesto que yo fui la última en ser elegida me quedé con la descabellada idea que César era diabético. Contesté una a una las preguntas que me plantearon, un total de siete, unas muy sencillas y otras..., me sorprendió acertarlas.

De repente, mi rival se quitó las gafas y sus ojos me parecieron descalzos. Su mirada pensativa parecía suplicante, como si me tirase de la manga implorando que fallara, que necesitaba el dinero más que yo. Fue una mirada curiosa que estaba dispuesta a llegar donde fuese necesario para conseguir su objetivo con seductora calidez, pero a la vez con precaución. Yo le sonreí con una apocada coquetería de adolescente de la década de los cincuenta. Y en el

instante que a su mirada se unió su cálida sonrisa me paralicé y se me pasaron los treinta segundos sin que intentase responder. Noté que mi rostro enrojecía, pero por suerte no traspasó la gruesa capa de maquillaje que colocaron las estilistas de la productora; en cambio a él se le escapó una sonrisa enorme de satisfacción. Hay momentos en que las imágenes parecen detenerse, como si alguien acabara de hacer una foto, y este fue uno de ellos.

Una vez terminado el programa me buscó para agradecerme el gesto, me apartó del grupo y me dijo:

—Gracias, sé que sabías la respuesta y...

—No.

Le corté con un monosílabo, no porque me quedase sin palabras, temía que hubiese cámaras grabando en los pasillos. Miento, temía que pensase que me había prendado de sus encantos. No sé lo que más me atrajo de él: ¿sus exquisitos modales, su aura de solitario o de poeta melancólico?, supongo que fue su voz, que aunque ronca y entrecortada era tranquila, lo que en mi diccionario significaba hombre equilibrado y solitario. Y acerté en uno de los calificativos, si sigues leyendo lo vas a descubrir.

Me pidió mi número de teléfono mientras me miraba como si me quisiese aprender de memoria. Se lo di con la esperanza de recibir su llamada. Y por primera vez en mi historia de citas, esa llamada tardó muy poco en llegar. Aunque el concurso tenía ámbito nacional, teníamos la suerte de residir en la misma ciudad. Quedamos en un barrio del centro, muy turístico, con el objetivo de pasar desapercibidos; ahora era él quien parecía un poco paranoico, distintas cadenas de televisión habían zapeado el momento en que me quedé en blanco y algún que otro “pseudoperiodista” había insinuado que estábamos conchabados. En esta sociedad es fácil airear a los cuatro vientos la vida privada de famosos y famosillos (nosotros estábamos a punto de entrar en esta última categoría), tan solo se necesita un *Smartphone* y una cuenta en cualquier red social. ¡Con lo bonito que son

los secretos! A más de uno le falta aprender que el placer del chismorreo es algodón de azúcar, dulce y pringoso.

De nuestro primer encuentro fuera del plató tuve la impresión de que su vida había sido ardua, pero que ahora la contemplaba sin amargura, como quien finalmente ha recibido compensaciones que ya no esperaba, como el premio máximo de este concurso. Llevaba años contribuyendo con su dinero y trabajo a cualquier causa que le pareciese justa o conmovedora. Gracias a una aguda capacidad de observación del prójimo —que durante toda la vida le había ayudado a adivinar el pensamiento y deseos de las personas— y el análisis del entorno, sus decisiones financieras, hasta la fecha, habían sido acertadas.

—Al fallar mi pregunta observé tu sonrisa, intenté descifrarla y lo que me dijo era que mirabas el futuro con confianza. Estabas feliz, resplandeciente. Pero a veces los gestos suelen tener un significado algo distinto al que les atribuimos.

—En este caso acertaste, necesitaba ese dinero para una fundación que tenemos para niños con...

Todavía no te voy a desvelar el proyecto de César.

Admiré sus respuestas rápidas y su habilidad para introducir temas nuevos en nuestra conversación. Pero sobre todo me llamó la atención que me hablara de él, vaya, que me contase su vida. Creí ese día que no omitía ninguna parte esencial, no añadía detalles superfluos y que no se inventaba nada; toda biografía contiene ángulos muertos, materia sombría y elementos que uno prefiere obviar por embarazosos, comprometedores o irrelevantes. Hablamos sin parar, mientras en las mesas vecinas parejas adultas permanecían en silencio; espero que no fuese por aburrimiento sino por el contacto telepático que con los años se establece entre los matrimonios. Bebió cava en una fina copa aflautada cuyo nivel, curiosamente, nunca bajaba. Nuestra primera cita acabó con una explosión de buenos deseos.

Cecilia, cuando leyó lo que tú acabas de leer, (sí, amigo lector, llevo una especie de diario desde mi adolescencia) me hizo una apreciación acerca de César:

—No lo describes físicamente.

—Cecilia, me da pereza.

—¿Un poco de cafeína para enderezar la descripción?
—Su rostro se iluminó de picardía.

La cafetera empezó a crepitar. Cecilia me sirvió una taza de café que no ayudó demasiado, simplemente porque nunca he sido hábil con las descripciones, sobre todo con los rasgos físicos de una persona. Pero como sigues leyendo te voy a premiar con una pista: César se parece a Gary Grant, no el de *Historias de Filadelfia* con Katherine Hepburn sino el que protagonizó junto a otra Hepburn, concretamente el de *Charada*, pero yo disto mucho de parecerme a Audrey Hepburn. ¡Ya me gustaría!

Pero volvamos a este primer encuentro. A medida que transcurría la conversación sentía que yo jugaba con ventaja, a una servidora le debía en parte sus recientes 100.000 euros, todavía pendientes de impuestos. Estaba en deuda conmigo y quería saldarla sin levantar ni la más mínima sospecha de que habíamos apañado el resultado. Tampoco yo quería poner en evidencia el repentino acercamiento de nuestros destinos. Y es que siempre espero que lo que me suceda tenga sentido, sea agradable y ocurra con un orden, y no paro de diseñar teorías para explicar estas coincidencias tan oportunas.

Nos despedimos en la calle de forma rápida. La intemperie abrevió la ceremonia final y el intercambio de cortesías. Aunque es más que evidente que la forma de conocernos fue original e incluso literaria, hoy, años después, estoy segura de que me podría haber topado con él en cualquier situación y haberlo reconocido como mi alma complementaria.

Nuestro segundo encuentro no tardó en llegar, pero no fue hasta el tercero, al calor de un té que la charla había

dejado enfriar, cuando César expuso su oferta laboral, la que cambió mi destino. Entonces recordé que la gratitud está unida a la inflación. Yo esperaba que pagara “su deuda” con una simple cena o una invitación similar y no con un trabajo con sueldo incluido. Me sentí feliz con aquella maravillosa y estimulante propuesta, pero contuve el entusiasmo, incluso me atreví a poner un pero. Y él me retó con un:

—Tú puedes, eres una mujer lista. Además con un poco de tacto y un mínimo de buena educación... hasta en el infierno somos bien recibidos.

Entonces me di cuenta de que su mayor talento consistía en apropiarse de lo mejor de los demás, mejor dicho de detectarlo y canalizarlo. ¡Era tan tentador el futuro que dibujaba!, que valía la pena sepultar el pasado, incluso incinerarlo para no tener la tentación de desenterrarlo. Además, un rasgo de mi carácter es no defraudar al que es amable conmigo, sobre todo si esa persona es educada, culta y distinguida. A diferencia de otras mujeres que son sensiblemente suspicaces a cualquier muestra de interés que no esté respaldado por algún motivo evidente, yo simplemente me sentía halagada, no veía maniobras extrañas.